

LORENZO. ¡Eso lo veremos!

CLARA. ¡Ni ministro! Y yo tengo ambición..., yo quiero ser ministra..., yo quiero tener excelencia!

LORENZO. ¡Y la tendrás!. La provincia está de mi parte.

CLARA. ¡Sí, de tu parte! - ¡No ha de quedar sartén ni almirez en toda ella, que no te aturda los oídos en cuanto asomes por allá!

LORENZO. (Colérico.) ¡Calla, calla..., profeta de todos los demonios!

CLARA. Y después de la cencerrada, no pienses en volverme á ver. Yo no vivo con un hombre á quien todos señalarán con el dedo, diciendo: ¡«Ahí va... el del cencerro!»

LORENZO. ¿Eh? ¿Qué es eso del cencerro?.. ¡Cuidado!

CLARA. ¡Hasta los chicos te han de silbar por la calle!

LORENZO. ¡Basta, basta! (Yéndose.)

CLARA. ¡Y mañana has de ver qué artículo sale!.., escrito por ese D. Luis, que está aquí..

LORENZO. ¡Otro artículo! ¡Pero señor..., esto es una conjuración contra mi bolsillo! (Yéndose.) ¡Pues no..., no me sacan un cuarto!

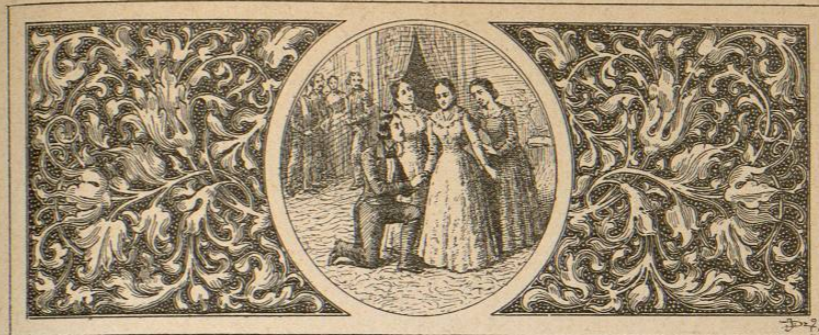
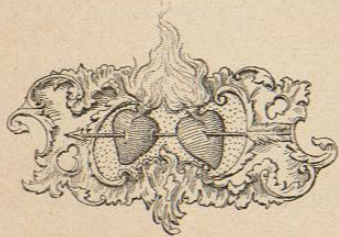
CLARA. (Dejándose caer en una silla.) ¡Ay, Jesús!.. ¡Ay, Jesús! ¡Bastara que fuese gusto mío... para que me cumpliera este antojo!

LORENZO. (Volviendo hacia ella con asombro y gozo.) ¡Antojo!.. ¿Clarita, es antojo?

CLARA. Sí.

LORENZO. (Levantándola y llevándosela.) Pues vamos, vamos..., y... ¡cómo ha de ser!.., hablaremos... (Aparte.) ¡Ay, Dios mío..., un antojo de diez mil duros! - Agárrate bien... ¡Despacito!

CLARA. (Sonriendo aparte.) ¡Ya es mío!



ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, CASIMIRO. Luego, DOÑA INÉS

(Casimiro aparece por el foro trayendo á la fuerza á Federico)

CASIMIRO. ¡Que no te dejo ir..., hola!

FEDERICO. (Queriendo soltarse.) ¡Casimiro, por Dios!..

CASIMIRO. (Sin soltarlo.) ¡Que no te suelto!.. ¡Eh, mamá, mamá!..

INÉS. (Saliendo por la izquierda.) ¿Qué voces son esas?

CASIMIRO. ¡Aquí traigo un desertor!.. Venía yo de ver al casero..., ¡buena pieza es su casero de usted!.., y me encuentro con que el señorito se nos escapaba!

INÉS. Sí..., poco hace que se sintió indispuerto. No sabemos si alguna pesadumbre...

FEDERICO. ¡Yo, señora!..

CASIMIRO. ¡Pesadumbre!.. Qué, ¿te da pesadumbre la muchacha aquella?

FEDERICO. ¡Casimiro!

INÉS. ¡Casimiro!

CASIMIRO. ¡Es verdad..., la reserva!.. (A doña Inés.) ¡Está enamorado! - ¡Pero hoy no es día de mal humor!.. ¡Ah, á propósito!.. Tengo una historia divertidísima..., para contarla de sobremesa. (Dando golpes por las paredes.) ¿Si será por aquí?

INÉS. ¿Qué hace usted?

CASIMIRO. Federico, golpea por ahí, á ver si suena á hueco. ¿Sabe usted, mamá, que en esta casa no está usted segura..., por aquello de... *casa con dos puertas mala es de guardar?*

INÉS. ¿Qué dice usted?

CASIMIRO. Que hay por aquí puertas secretas...

FEDERICO. (Llegándose á Casimiro.) ¡Puertas secretas!

CASIMIRO. ¡Sí, de veras!.., me lo acaba de descubrir el casero. ¡Allí habías de ver una facha!.. ¡Qué panza tiene!

FEDERICO. (Alterado.) ¡Puerta secreta!..
 INÉS. A ver..., explíquese usted.
 CASIMIRO. Yo lo reservaba para luego..., en la mesa... Pero habrá damas, y la cosa es un poquillo...
 FEDERICO. ¡Vamos, cuenta, cuenta!
 CASIMIRO. Pues señor, fui allá á decirle que como la familia se aumentaba..., y se aumentará más, si Dios quiere..., ¿eh, mamá?
 INÉS. ¡Vamos!
 CASIMIRO. Se veía usted obligada á mudarse de casa. El hombre se puso tan desconsolado...; pero yo le dije que no había remedio..., que necesitábamos lo menos una pieza más. Entonces se da una gran palmada y dice: «¡Calla, calla!.. ¡Ya está arreglado! Mire usted..., esto se lo digo en confianza..., hay en la casa una comunicación secreta con otro cuarto.»
 FEDERICO. ¡Cielos!
 INÉS. ¡Algún cuento!
 CASIMIRO. No, señora; no es cuento, es una puerta.
 FEDERICO. ¡Una puerta! (Aparte.) ¡Dios mío!
 INÉS. ¿Qué puerta ha de haber..., y á qué venía esa puerta?
 CASIMIRO. Diré á usted. (Mirando.) A bien que ahora no hay aquí niñas. El tal casero..., en su tiempo ha sido joven, según él dice. ¡Nadie lo creería al verlo! Entonces vivía en esta casa...; y en otra contigua, pero cuya puerta da á otra calle, vivía en un cuarto del piso tercero una muchacha á quien dice él que había inspirado una pasión violenta... (Riendo.) ¡Ah, ah, ah! ¡Si la muchacha le hubiera visto ahora..., con aquella panza!.. ¡Ah, ah!
 FEDERICO. ¡Sigue, sigue!
 CASIMIRO. Como la otra calle parece que está en cuesta, resulta que su piso tercero, con honores de buhardilla, está al mismo nivel de este, que es segundo. Pues señor, el enamorado casero ¿qué hizo?.., abrió una puerta secreta, no sé en cuál de estas piezas..., muy disimulada con las molduras, por la cual se comunicaban los amantes, como si vivieran en la misma casa..., y... (A Federico riendo.) ¡Ah, ah, ah! ¿Ya entiendes?.. ¡Ah, ah!
 FEDERICO. (Riendo á la fuerza.) ¡Sí!.. ¡Ah, ah, ah!
 INÉS. ¡Casimiro!
 CASIMIRO. ¡Nada, mamá..., no digo nada!
 FEDERICO. Pero esa puerta...
 INÉS. ¿Dónde está esa puerta?
 CASIMIRO. ¡No se asuste usted!.. La puerta... la condenarían...
 INÉS. ¡Eso es otra cosa!
 FEDERICO. (Aparte.) No..., no lo está.
 CASIMIRO. Como toda la manzana es del mismo casero, dice que podrá... Yo he andado ya golpeando por todas las paredes, y... ¡es mucha ocurrencia!.., luego se la contaré á...
 INÉS. ¡A nadie! (Aparte á Casimiro con severidad.) ¿No reflexiona usted, calavera, que mi hija..., la que va á ser su mujer..., ha vivido aquí muchos años?
 CASIMIRO. (Mudando de tono.) ¡Qué dice usted, mamá!.. ¡Pues es cierto!.. ¡Cáspita!
 INÉS. Vamos adentro..., ¡y cuidado con chistar!
 CASIMIRO. (Dándole el brazo.) Vamos, ¿Vienes, Federico? ¡Oh! ¡Lo que es la puerta... estará tabicada!
 INÉS. ¡Por supuesto! (Se van.)

ESCENA II

FEDERICO. Luego, LUIS

FEDERICO. (Agitado.) ¡Sí..., eso es!.. Aquí la calle de Alcalá..., á espaldas la del Caballero de Gracia.. ¡No hay duda..., no hay duda! ¿Y esa puerta secreta.. (Mirando por todas partes.) dónde estará?.. ¿Y quién de ellas será mi ángel protector?.. ¿Clara, que me ha recomendado á su marido?.. ¿Enriqueta... ó Isabel?.. ¡Ah, si fuera Isabel!.. ¡Cómo le temblaba la voz cuando se puso á cantar!.. ¡Y era la misma voz..., la misma que oí en otro tiempo desde mi balcón! ¡Oh, (Señalando al corazón.) la tengo aquí..., aquí!.. ¡Y su rostro..., su rostro es como yo me lo figuraba en mis sueños!
 LUIS. (Apresurado.) ¡Federico!.. ¡Pobre Federico!.. ¡Te andaba buscando por toda la casa.
 FEDERICO. (Fuera de sí.) ¡Ah, querido Luis..., si supieras!.. (Aparte.) ¡No, no!.. Quiero ser reservado!
 LUIS. Ya lo sé todo.
 FEDERICO. ¡Cielos! Pues no lo digas.
 LUIS. ¿El qué?.. ¿Que has perdido tu pleito?
 FEDERICO. ¿Mi pleito?
 LUIS. ¡El honor de tu padre queda en salvo; pero las pesetas... volaron!
 FEDERICO. ¡Eh! ¡Déjame de dinero! ¡Qué me importa cuando soy feliz!
 LUIS. ¿Qué, qué?
 FEDERICO. ¡Sí, feliz!.. Porque has de saber... (Aparte retirándose.) No, no..., no digo nada, aunque me ahogue!.. ¡Yo me lo guardaré aquí..., con mi gozo..., con mi esperanza!.. (Sollozando.) ¡Ay Dios mío..., ay Dios mío! (Se deja caer en una silla.)
 LUIS. ¡Hombre!.. ¡Pues no está llorando!.. Y dice que es feliz, y que... Ya sé que eres feliz... á expensas del pobre Casimiro!.. y la dichosa Enriqueta!..
 FEDERICO. (Levantándose.) ¡Ah! No pronuncies ese nombre..., ni el de la otra..., ni el de la otra!.. ¿Entiendes? ¡Te lo prohibo!
 LUIS. ¿Y cuál es la otra?
 FEDERICO. (Aparte.) ¿Pero cómo haré para obligarlas á que se descubran conmigo..., á que me confiesen el secreto de la puerta?
 LUIS. ¿Qué puerta?.. ¡Hombre, habla!.. ¡Tú te has vuelto loco!
 FEDERICO. ¡Sí, ya lo sé!

ESCENA III

DICHOS, ENRIQUETA, ISABEL

ENRIQUETA. (A Isabel en el foro.) Te digo que no se ha marchado.
 ISABEL. ¡Es verdad..., allí le veo! (Se quedan en el foro.)
 FEDERICO. (Aparte.) ¡Ellas son!
 LUIS. ¡Las niñas!
 FEDERICO. (Deteniéndole.) ¡Chit! Quieto..., no mires..., haz que no las ves. (Aparte.) ¡Yo las haré descubrirse!
 LUIS. ¿A que me vuelve á mí loco también?
 ENRIQUETA. (A Isabel.) Vámonos adentro.

FEDERICO. (Fingiéndose desesperación.) ¡Qué me dices, amigo mío!.. ¡Es posible!.. ¿He perdido el pleito?.. ¿Me han devuelto mi cuadro de la exposición? ¡Qué golpes...!, qué golpes!.. Ya no hay recurso..., ya no me queda esperanza..., ya no tengo porvenir!.. ¡Voy á matarme!

ENRIQUETA é ISABEL. (Bajando asustadas.) ¡Ay Dios mío!

FEDERICO. (Aparte, mirándolas.) ¡Se han asustado!

LUIS. ¿Qué es lo que dices?

FEDERICO. (Con más exaltación.) ¡Sí!.. ¡A matarme! ¡Este recurso, á lo menos, nadie me lo quitará! Para eso no se necesita más que una voluntad decidida..., y una pistola.

ISABEL y ENRIQUETA. (Dando un grito.) ¡Ay, Jesús!

LUIS. (Aparte.) ¡Calla, hombre..., que las asustas!

FEDERICO. (Aparte.) ¡Ya lo sé!.. ¡Quieto!.. Haz siempre que no las ves.

LUIS. ¡Está rematado!

FEDERICO. (Con desesperación.) ¡Adiós! ¡Voy á poner fin á mis desgracias!.. (Dándole la mano.) ¡Amigo mío, acuérdate de mí..., y derrama una lágrima en mi sepulcro!.. ¡Adiós! (Aparte.) ¡Vente tras de mí!

LUIS. ¿Eh?

FEDERICO. (Trágicamente.) ¡Adiós!

ISABEL. (Bajando.) ¡Federico!

ENRIQUETA. ¡No salga usted!

FEDERICO. (Aparte.) ¡Bueno va! Señoritas, perdonen ustedes.., no había reparado... Le decía á mi amigo Luis... que me iba á marchar..., á marchar á mi casa..., á cierto negocio..., cierto negocio... Y dentro de un instante..., de un instante... ¡Adiós! (Se va apresurado por el foro.)

ISABEL. ¡Federico!

ENRIQUETA. ¡Se va!

LUIS. ¡Yo estoy en Babia!

ISABEL. (A Luis.) ¡Ah! ¡Vaya usted!.. ¡Sígale usted!.. ¡No le abandone!

ENRIQUETA. ¡Corra usted, por Dios!.. ¡Sálvele usted!.. ¡Yo voy á avisar á Clara!..

LUIS. Pero permita usted... (Aparte.) Él me ha dicho que le siga.

ENRIQUETA. ¡Vaya!.. Dígale que espere..., que aún no lo ha perdido todo!.. Vaya usted, y vuelva..

ISABEL. ¡Se va á matar!

LUIS. No tal.

ENRIQUETA é ISABEL. ¡Sí..., se va á matar!

ENRIQUETA. (Llevándose á Luis.) ¡Vaya usted!

ESCENA IV

ISABEL. Luego, FEDERICO

ISABEL. ¡Ya no llegará á tiempo!.. ¡Es seguro!.. ¡Se mata!.. Aquellas pistolas... ¡Dios mío, pobre de mí! (Se sienta.)

FEDERICO. (En el foro, viendo ir á Enriqueta.) ¿Dónde irá Enriqueta?

ISABEL. ¡Si yo se las hubiera quitado!.. ¡Malditas pistolas! (Levantándose.) ¿Y quién me estorba ahora?

FEDERICO. (Aparte.) ¡Isabel está aquí! (Entra y se esconde en la puerta de la izquierda.)

ISABEL. ¡Pero... y si me ven!.. ¡No importa..., voy á aventurarme por salvarle la vida! (Mira alrededor, y va á cerrar la puerta del foro.) ¡Tiene que dar la vuelta á otra calle..., yo llegaré antes que él! (Va á la derecha, y aparta á un lado la mesa.) ¡Si acertaré yo sola! (Federico sale y la observa: ella toca á un resorte, y la puerta se abre rápidamente.)

FEDERICO. (Llegándose.) ¡Gran Dios!

ISABEL. (Volviéndose asustada.) ¡Ay!

FEDERICO. (Loco de gozo.) ¡Ella era!.. ¡Ella era!

ISABEL. (Queriendo ocultar con su cuerpo la puerta.) ¡Federico..., váyase usted..., váyase usted!

FEDERICO. ¡Isabel!.. ¡Ah, perdón!

ISABEL. ¡Váyase usted!.. ¡Yo me iba á perder!

FEDERICO. ¡Sí... por salvarme!

ISABEL. ¡No, señor!

FEDERICO. ¡Sí, sí! Todo ha sido ficción, para obligarla á usted á que se descubriese.

ISABEL. (Cayéndose.) ¡Ay!

FEDERICO. (Sosteniéndola.) ¡Isabel, serénese usted!

ISABEL. (Queriendo apartarse.) ¡Déjeme usted, Federico!

FEDERICO. ¡Ah, es usted la que ayer noche..., confíeselo usted!

ISABEL. ¡No entré yo sola!

FEDERICO. ¿Sus amigas de usted también?..

ISABEL. ¡Sí, señor..., ya no podemos ocultarlo! ¡Las tres pensábamos en usted!

FEDERICO. ¿Clara?

ISABEL. Fué la que visitó á usted cuando estuvo enfermo...

FEDERICO. Y Enriqueta...

ISABEL. La que lo embromó á usted en las máscaras...

FEDERICO. (Con fuego.) ¡Y usted!..

ISABEL. ¡Yo!.. La que cantaba desde mi balcón, mientras usted pintaba... ¡Luego que vine á esta casa yo no me olvidaba de usted!.. Descubrimos casualmente esa puerta secreta, y nos propusimos las tres...

FEDERICO. ¡Ah, bien me lo decía el corazón! ¡Sí!.. Y este amor..., este amor que siento...

ISABEL. (Con tristeza.) ¿Por las tres?

ESCENA V

DICHOS, CLARA, ENRIQUETA, por la izquierda. Luego, LUIS

CLARA. (A Enriqueta.) Sí... has hecho bien de escribir al ministro...

FEDERICO. ¡Vengan ustedes!.. ¡Ya lo sé todo!

ISABEL. No ha sido culpa mía.

CLARA y ENRIQUETA. ¡Cielos!

FEDERICO. ¡No teman ustedes..., nadie lo sabrá! ¡Ah, soy feliz..., feliz!

ENRIQUETA. ¡Por Dios... que viene mi madre!

CLARA. ¡Y mi marido!

LUIS. (Dentro.) ¡Federico!.. ¡Federico!

ISABEL. (Asustada, corriendo al lado opuesto.) ¡Ay, qué voces!..

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ind. 1625 MONTERREY, MEXICO

LUIS. (Dentro.) Federico, ¿dónde diablos estás?.. (Sale por la puerta secreta, dando vueltas, como un hombre mareado.) ¡Ay, ay, ay!
 FEDERICO. (Empujándolo al lado opuesto.) ¡Anda, torpe!
 CLARA. ¡Ya están aquí! (Federico se deja caer con su cuerpo contra la puerta, y la cierra de golpe, al mismo tiempo que aparecen por la otra doña Inés y D. Lorenzo. - Luis da vueltas, sin saber dónde se halla: Isabel se deja caer en una silla.)
 LUIS. ¿Dónde diablos estoy?.. ¿Es esto comedia de magia?
 CLARA. (Aparte, á Luis.) Calle usted..., y haga exactamente todo lo que yo le diga.

ESCENA VI

LUIS, CLARA, D. LORENZO, DOÑA INÉS, FEDERICO, ENRIQUETA, ISABEL

INÉS. (A D. Lorenzo.) Vamos, no se acalore usted.
 LORENZO. ¡Yo no me acaloro!.. ¡Pero le parece á usted!.. Atacarme con un artículo tan virulento ese señor...
 CLARA. (Aparte, indicándole á Luis.) ¡Este es..., este es el autor!
 LORENZO. (Aparte.) El periodista, ¿eh? No me importa... ¡Yo no cedo á las amenazas!.. - Sr. D. Federico, ¿usted no sabía quién era yo?.. Pues yo soy su parte contraria.
 FEDERICO. ¿D. Lorenzo del Pozo?
 LORENZO. El mismo: yo he defendido mi derecho, y he ganado el pleito. Ya sé lo que se trata de decir de mí..., lo que se trata de escribir... contra mi persona... (Mirando de lado á Luis.) Ya sé que el artículo está escrito, y se va á publicar mañana... (Recalcando.) ¡Digo que lo sé!
 LUIS. (Reparando que D. Lorenzo le mira.) ¡Calla!
 CLARA. (Aparte á Luis, pasando por detrás de él y yendo á la mesa á tomar un pliego de papel.) ¡Dése usted por entendido!
 LUIS. (Aparte.) ¿Otra?.. Bien; ¡siga la cosa!
 LORENZO. (Siempre en tono enfático.) ¡Pero nada de este mundo me hace á mí desistir de una acción que prueba mi civismo y mis sentimientos humanitarios y filantrópicos! Tengo á mucha gloria que se me ofrezca esta ocasión de manifestar mi aprecio á un joven artista..., renunciando en favor suyo los diez mil duros..., ¡los diez mil duros!.. que me pertenecen por sentencia del poder judicial.
 FEDERICO. (Pasando á su lado.) ¡Qué oigo!.. Sr. D. Lorenzo... (Aparte.) ¡Ah, Clara!
 INÉS. ¡Oh, qué rasgo!
 ISABEL. ¡Qué generosidad!
 CLARA. (Mirando á Luis, con intención.) ¡Eso se llama un hombre!
 LUIS. ¡Todo un hombre!
 CLARA. (Aparte á Luis dándole á escondidas el papel.) Tome usted este papel.
 LUIS. (Aparte.) ¡Estoy haciendo el bobo!
 LORENZO. ¡Yo soy así!.. (Mirando de rabo de ojo á Luis.) ¡El ente inútil!.. ¡El que se embolsa mis millones... y no protege la industria!.. ¡Que escriban..., que escriban artículos!
 CLARA. (Aparte á Luis.) Rompa usted ese papel.
 LORENZO. ¡Que los envíen á los periódicos de Sevilla..., que me quiten votos..., nada temo! (Luis rompe el papel, haciendo gestos de hombre que obra maquinalmente.)
 CLARA. (Aparte á D. Lorenzo, indicándole los pedazos.) ¡Míralo..., ya lo ha roto!

LORENZO. Esto no lo digo aquí... con intención de que el beneficio que acabo de hacer... se publique..., se imprima... ¡No, señor!
 CLARA. (Mirando á Luis.) ¡Debe imprimirse!
 LUIS. (Mirando embobado á Clara.) ¡Se imprimirá! (Aparte.) ¡Pues señor, sigue la charada!

ESCENA VII

DICHOS, CASIMIRO

CASIMIRO. Enriqueta, aquí te han traído una carta.
 ENRIQUETA. ¿A mí?
 CASIMIRO. Sí..., y es del ministro..., la trae un portero...
 INÉS. ¡De tu tío! (Tomándola.)
 ENRIQUETA. ¡Ay, lea usted!
 CASIMIRO. (Mientras doña Inés lo abre.) ¡Del ministro, sí!.. El regalo..., el regalo de boda... Yo me contento con poco...
 INÉS. ¡Calle usted! (Lee.) «Querida Enriqueta: no he olvidado la oferta que te hice...»
 CASIMIRO. ¡Cómo se ha de olvidar un ministro!..
 ENRIQUETA. ¡Calle usted!
 INÉS. (Leyendo.) «Y celebraré que sea del agrado de tu marido...»
 CASIMIRO. ¡Qué fino! Jefe político lo menos...
 ISABEL. ¡Calle usted, hombre!
 INÉS. (Leyendo.) «Puedes ya decirle que su amigo D. Federico recibirá mañana el nombramiento para un destino de veinte mil reales de sueldo en el Museo Nacional...»
 CASIMIRO. ¿Eh, qué?..
 FEDERICO. ¡Cielos! ¡Es posible, Casimiro!.. ¿Tú has pedido para mí?
 CASIMIRO. ¡Yo no he pedido nada! (A doña Inés.) ¿Qué más dice?
 INÉS. No dice más.
 ENRIQUETA. ¡Tú no necesitas!.. ¡El ministro habrá sabido tu amistad con Federico..., y eso es!
 CASIMIRO. ¡Eso es!
 FEDERICO. (Aparte.) ¡Ah, Enriqueta!
 LORENZO. ¡Eso se llama un amigo!..
 CASIMIRO. ¡Gracias!
 CLARA. ¡Un amigo de las artes!
 CASIMIRO. (Yéndose al foro.) ¡Gracias! (Doña Inés le sigue: D. Lorenzo y Luis se alejan también conversando. Federico y las tres jóvenes quedan en el proscenio.)
 FEDERICO. (Dirigiéndose á Clara.) ¡Ah, Clara..., á usted la debo mi patrimonio!.. (A Enriqueta.) ¡Y á usted, Enriqueta, mi colocación, mi carrera!.. (Acercándose tímidamente á Isabel.) ¿Y á usted, Isabel?
 ISABEL. (Con rubor.) ¿A mí?.. ¡Nada!.. ¡Yo no puedo nada..., soy una pobre huérfana!
 FEDERICO. Quizá pueda usted darme... un tesoro mayor.
 ISABEL. ¡Yo!.. Como no sea... la mano de amiga...
 CLARA. (Empujándola hacia Federico.) ¡Eh! ¿Y por qué no de esposa?
 FEDERICO. (Cayendo á sus pies.) ¡Ah, Isabel!..
 ISABEL. (A Clara y Enriqueta.) ¡Siempre he de hacer yo vuestro gusto!

CLARA y ENRIQUETA. ¡Y el tuyo!
 INÉS. ¡Qué es eso!
 LORENZO. ¡Qué es eso!
 LUIS. ¡Qué es eso!
 CASIMIRO. ¡Qué es eso!
 CLARA. ¡Nada..., otra boda!
 INÉS. ¡Isabelita!.. ¡Vaya, me alegro!.. ¡Buena elección!
 LUIS. (Aparte.) ¡Es mucha historia!.. Mira, Federico, yo me voy á mudar á tu buhardilla.
 FEDERICO. Corriente.
 ISABEL. (Aparte á Federico.) ¿Haremos tapiar la puerta?
 FEDERICO. Sí, hija mía, sí.



LA MUJER DE UN ARTISTA

COMEDIA EN DOS ACTOS

PERSONAS

CLERMONT, pintor. — MATILDE, su mujer. — EL VIZCONDE DE RETHEL.
 AGUSTÍN. — VICTORINA. — (París. — 1838)

ACTO PRIMERO

El estudio del pintor. Cuadros, caballetes, etc.

ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, VICTORINA

VIZCONDE. ¡Cómo! ¿Aún no ha salido Clermont á su estudio?

VICTORINA. No, señor; el ama no quiere que baje tan temprano: casi todos los días se levanta al amanecer, y se está pintando sin alzar cabeza hasta que anochece; y la señora se enfada, y el médico también, porque dice que está destruyendo su salud y muy expuesto á perder la vista.

VIZCONDE. ¡Cáspita! ¡Cuidado con eso! La vista es de primera necesidad para un pintor..., y para un marido, y marido de tan linda muchacha.

VICTORINA. Por lo que hace á la señora, ninguna necesidad hay de que nadie la cele: ella sabe guardarse..., y esto es lo que digo á vos, que aunque sois algo calavera, conozco que tenéis buen fondo, y... en fin, lo que yo os digo es que todos los que la andan alrededor... pierden su tiempo.

VIZCONDE. ¿De veras?

VICTORINA. ¡Oh! Respondo de ella como de mí misma.